

Tierra y Libertad



BARCELONA, 19 DE MAYO DE 1934

SEMANARIO ANARQUISTA

AÑO V - NÚMERO 155 - 15 CENTIMOS

Ha fracasado y seguirá fracasando la consigna unánime de todos los Gobiernos de la República sobre la guerra sin cuartel al movimiento libertario

DEL MOMENTO

La serenidad y la inteligencia no están reñidas ni con la iniciativa de los individuos y de los grupos ni con la máxima cohesión de todas las fuerzas de nuestro movimiento.

Que se aproximan momentos graves para nuestro porvenir, para el porvenir de la revolución y para las ideas de libertad y de justicia, nadie puede negarlo. Algo hay sin duda que rectificar en la conducta seguida hasta aquí. No es una rectificación de principios, más justificados hoy que nunca, sino de táctica, de procedimientos, de métodos.

El movimiento libertario español ha hecho esfuerzos heroicos para llevar las grandes masas a un cambio del orden económico y político vigente; con la mirada fija en el futuro, se olvidó de la defensa de sus posiciones en el presente. Y esas posiciones son hoy atacadas en regla, en un asedio formal, por una multiplicidad de enemigos.

Es de lamentar que la mirada haya de dirigirse a nuestro alrededor, que haya de centrarse por el momento en la reafirmación de un derecho que se nos niega; el derecho a la existencia, base y fuente de todo. ¿Se distanciará por eso el día de la liberación? Quizá sí, quizá no.

Lo que importa es esto: que no podemos avanzar sin haber descombrado el camino de los obstáculos inmediatos; que no se puede pensar en la revolución sin haber reducido la agresividad de la reacción.

Por poco que se piense, por poco que se reflexione en las consecuencias del cambio de táctica, cambio ineludible, pues sería peligroso pensar que sin la defensa contra el peligro inmediato hemos de quedar en condiciones de resistencia y de lucha en el futuro revolucionario, por poco que meditemos en eso, repetimos, veremos claras las perspectivas que nos esperan.

Todas las fuerzas del Estado y del capitalismo, todas las corrientes políticas y sociales autoritarias se han coaligado contra nosotros y nos imponen este dilema: o la aceptación pasiva de la auto-anulación o la defensa del movimiento y de las ideas.

No hay lugar a vacilaciones: los anarquistas defenderán su posición, porque la justicia les asiste, porque la razón está de su parte y porque, gracias a su historia, gracias a su conducta rectilínea, también disponen de fuerza para hacerse respetar.

No queremos contar con el entusiasmo; queremos contar con una voluntad consciente. No está reñida la serenidad con la visión plena de la situación en que se nos ha colocado.

Hace falta la máxima cohesión, pero también es preciso que la iniciativa individual y de los grupos tenga campo de desarrollo. Solidaridad, sí, pero también autonomía. La energía más grande, pero toda la calma posible.

El procedimiento, la psicología, la táctica cuando se tiene en vista una revolución no son los mismos que cuando ha de atenderse sólo a una lucha de defensa.

En los movimientos de gran convergencia se requiere la supeditación de lo individual a lo colectivo. Para la guerrilla defensiva en cambio lo individual y local deben tener la primacía. La cabeza ha de estar en todas partes y el centro en ninguna.

Héroes de quince años

No son los «gavroches» de Víctor Hugo, que juegan irreflexivamente con la muerte, sin preparación mental previa, sin rumbo fijo, sin miras ulteriores. Los héroes de quince años a que nos referimos son serios, responsables, de una bravura reflexiva, saben a dónde van y lo que quieren. Zaragoza es un horniguero de esos muchachos, que toman la revolución a pecho, que se juegan la vida con audacia y a conciencia, que van tan lejos y suben tan alto como el que más. Imbéciles todavía, no desconfiéis de ellos; haceos cuenta que valen, en cuanto a hombría y a responsabilidad, como si tuviesen canas.

Es una generación nueva que siente la gravedad del porvenir, que no retrocede ante el peligro, que sabe al entrar en la vida lo que otras generaciones no han logrado captar en toda una larga existencia.

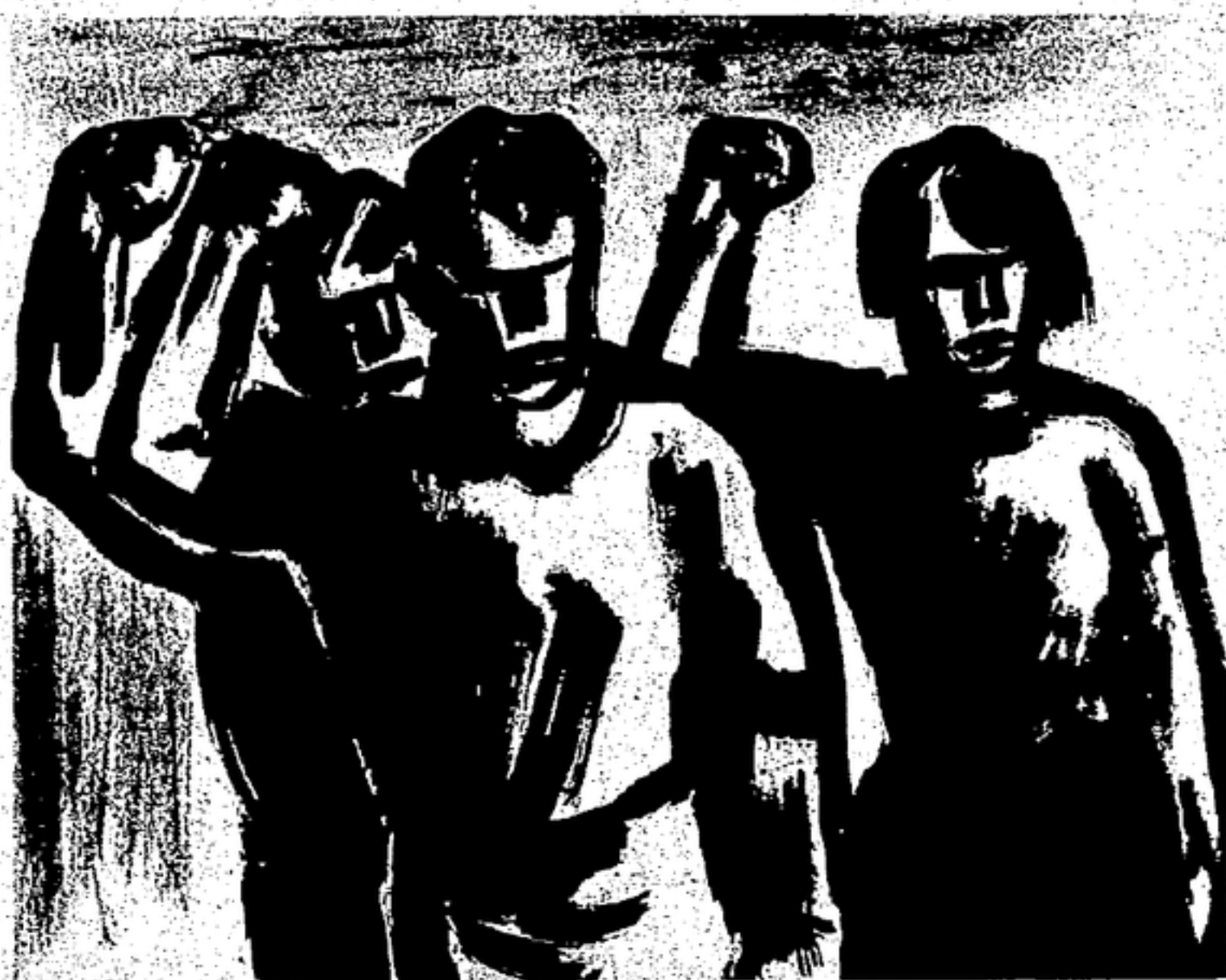
¿No habéis leído las noticias? Apenas han salido de la escuela y se han enfrentado con la vida en toda la línea, ocupando los puestos de más riesgo, ejecutando los actos de más peligro, ¡Salud, compañeros!

Julio Muñoz Lavina era uno de esos héroes de quince años, combatiente de primera fila. Ha sido muerto por la fuerza pública, el 4 de mayo, en una refriega en que, a estar a los informes oficiales, participaron otros jóvenes.

Se ha perdido un soldado de la revolución. Recordemos su nombre y honremos su memoria.

Los héroes de quince años han dado en Zaragoza ejemplos sublimes. No es extraño que en un pueblo donde las mujeres y los niños toman parte, como allí, en las luchas sociales, se haya atalayado el más firme baluarte de la nueva España, la España del comunismo libertario, la España de la verdadera revolución.

Compañero: **TIERRA Y LIBERTAD** lee y propaga



La voluntad de acero del mundo proletario de Zaragoza era bien conocida; pero la última huelga general ha superado en firmeza y tenacidad todo lo que se podía prever. Cuando un pueblo logra la altura a que ha llegado la capital de Aragón, no se puede desconfiar de su porvenir.

Puntos de vista anarquistas

¿Qué quieren los anarquistas? La mayor libertad gracias a la más amplia solidaridad.

Hoy aun es muy grande el número de los que no saben concebir el orden más que por medio de la coacción del Estado, del gobierno, del gendarme. Asistimos incluso a ese espectáculo inaudito de atribuir todos los males a una falta de autoridad, como si toda la historia no nos mostrase las fuerzas de progreso, de civilización, de emancipación moral y material siempre en lucha contra los poderes más diferentes que se han sucedido a través de los siglos: como si el reforzamiento de la dominación estatista por el fascismo, con el aplastamiento de los trabajadores no hubiese agravado la ruina económica y el desorden social, hasta el punto de hacer necesaria la aplicación en permanencia y apenas simulada del estado de sitio y del terrorismo.

¿Por qué los anarquistas no quieren el socialismo de Estado? Todas las otras fracciones del socialismo no conciben más que un socialismo de Estado: únicamente el anarquismo lo rechaza. Ahora bien; el Estado es ante todo un instrumento de dominación y por tanto de explotación; su función ha consistido siempre en garantizar las usurpaciones de una minoría de privilegiados. Su función ¿puede cambiar radicalmente? La experiencia responde que no.

Hemos tenido ya gobiernos de minoría o de mayoría socialista, ejerciendo el Poder bajo el control de un parlamento o incluso por medio de una dictadura enteramente de partido. Las desigualdades sociales no han sido suprimidas apenas, la explotación del trabajo no es menos dura, la represión no ha cesado de practicarse. ¿Qué mayor des-

igualdad, por otra parte, que la de gobernados y la de gobernantes? Y por otro lado rehacer el Estado, incluso después de una revolución, ¿no es volver a crear la institución esencial del régimen que se trataba de abatir?

No hay que confundir Estado con sociedad. Marx mismo ha definido el Estado como una superestructura parasitaria que se nutre de la substancia de la sociedad. El socialismo, lejos de confundirse con el Estado, debe eliminarlo quitándole todas sus funciones para devolverlas a la sociedad misma. El Estado no es y no será nunca todo el mundo, porque no representa más que un grupo de políticos transformado por el engaño o la violencia en clase dominante.

Los que ven las cosas desde lo alto del Poder no tardan en verlas de otra manera que cuando se encontraban abajo mezclados con la muchedumbre. Y que los pueblos sean gobernados por la gracia de dios, por la voluntad de la nación o en nombre del pueblo soberano o de la dictadura del proletariado, esa verdad eterna no dejará de verificarse; nuestro enemigo es nuestro amo. Sin contar que los hombres se corrompen tanto por el hábito del mando como por el de la sumisión.

Es una acción de la sociedad y no del Estado la que tenemos que encarar. Tomemos un instante en consideración lo que se ha hecho por el Estado y lo que es realizado por la sociedad. No tardaremos en apercibirnos de que la misión estatal es muy poca cosa en comparación con la de la sociedad misma. Y por otra parte, es a ésta a quien el Estado pide los medios y los hombres para todo lo que emprende. Sin embargo, la superposición política es tal que muchos

creen que la sociedad vive gracias al gobierno y no el gobierno gracias a la sociedad. Además denuncian toda actividad libre como anarquista, o en otros términos como causa de males y de desórdenes, y reclaman la omnipotencia del Estado contra ella. Y sin embargo, la historia nos ha informado bastante sobre las infamias, las atrocidades y los crímenes propios del régimen absolutista de las iglesias y de los Estados. No es sino en la medida en que la persona humana ha adquirido algunos derechos y algunas libertades que la vida de las sociedades se ha mejorado, que la obra de la civilización ha podido desarrollarse.

No hubo jamás libertad, sino poder de opresión y de explotación. Algunos para combatir nuestra reivindicación de la libertad nos hablan de una pretendida libertad de oprimir y explotar a los trabajadores, de una libertad burguesa a la que oponen una libertad proletaria. Hay en ello un odioso confusiónismo y nada más.

Ante todo una libertad que no se aplica a todo el mundo no es forzosamente más que privilegio para algunos y servidumbre para otros. Las dictaduras no son comprendidas de otro modo: privilegio para los que las ejercen, servidumbre para los que las sufren. Resulta de toda evidencia que para oprimir y explotar es preciso hacer valer una autoridad que es lo contrario exactamente de la libertad. No es más que en tanto que algunos tengan el poder, todo el poder que la opresión y explotación serán posibles, digamos más, inevitables, porque son la razón misma de ser de todo gobierno de Estado.

Reasumiéndose la libertad esencialmente en el hecho de no ser ni explotado ni oprimido, es simplemente absurdo hablar de libertad de explotación y de opresión.

Dos potencias frente a frente

No queremos mecernos en laureles ni engalanarnos con glorias pasadas. Vivimos la realidad, y la realidad de hoy no es la misma que hace 20, 30 ó 40 años. Hemos tenido períodos terribles de persecuciones, hemos vivido muchos años en la clandestinidad.

Se han calificado por los gobiernos viejos nuestras ideas como «utopía filosófica del crimen»; hemos sufrido procesos monstruosos que horrorizaron al mundo. Muchos de los nuestros subieron al cadalso, muchos más han agotado su vida en los presidios. Todo eso lo sabemos, y sabemos también cómo han resultado impotentes todas las leyes draconianas de excepción que se dictaron en el pasado contra nosotros.

Se nos declaró la guerra por todos los gobiernos de la Monarquía; en unos períodos más y en otros menos intensamente, se replicó a la guerra con la guerra. Y hemos salido de las persecuciones, de los martirios, siempre animados para la lucha, cada vez más templados para el combate por la buena causa, con las filas militantes cada día más repletas.

Sabemos eso. Pero aun sabiéndolo no diríamos que hemos de superar la reacción republicana porque hemos superado la monárquica. Si vencimos en el pasado, fué porque quedó en nosotros la llama ardiente de una voluntad inquebrantable de triunfo.

A la luz pública o en la clandestinidad, desde la cárcel o desde el cadalso, desde el retiro forzoso o desde el destierro, los anarquistas no cesaron de mantener en alto, como una bandera, su voluntad de lucha. Por eso hemos vencido. Por eso estamos aquí después de medio siglo de política represiva, después de medio siglo de prisiones repletas, de un martirologio heroico y valiente.

Si tenemos fe en el porvenir, si podemos afirmar que a pesar de todo saldremos airosos de la nueva ofensiva—ofensiva de violencia material tanto como de prestigio moral—, es porque conocemos la voluntad combativa de nuestros compañeros, porque sabemos que el arsenal de la iniciativa de los individuos y de los grupos es de una riqueza magnífica; porque sabemos que nuestra fuerza numérica es mayor que nunca.

No perdamos la voluntad y la fe, y veremos a la reacción republicana bajar el tono de su soberbia. El problema social, que queda en pie, hoy como ayer, no es un problema de guardias civiles, no es asunto de política policial.

La revolución es la potencia de la justicia frente a la del privilegio y de la iniquidad.

Nosotros representamos la potencia de la revolución. Somos fuente de nueva vida. Para exterminarnos, la humanidad tendría que aceptar la idea de las tinieblas y de la perpetuidad del privilegio.

L. BERTONI